

**Ignacio Arellano y Antonio Lorente Medina (Eds.). *Poesía satírica y burlesca en la Hispanoamérica colonial*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2009, 426 páginas**

Este libro colectivo que editan Ignacio Arellano y Antonio Lorente Medina se interesa por un componente muy particular de la poesía colonial hispanoamericana. La importancia de la tradición satírica (de chanzas, chascarridos, diatribas, jácaras, sonetos burlescos, etc.) merece su atención en el ámbito colonial, no solamente en deuda con la metrópoli en cuanto a sus formas y modelos, sino también para ver cómo lo satírico se conjuga en una tesitura burlesco-paródica, con lo cual son menos –aunque no significativos– los casos de lo serio y moralizante en los *corpora* estudiados. Echamos de menos una introducción amplia y que resumiera los puntos de vista del libro, dado el hecho de que se trata, como indican los editores, del estudio de un subgénero (9) tan difundido como solicitado en la república de las letras. Quisiera además anotar que no sigo estrictamente el orden de presentación de los participantes del volumen, pues en algunos casos los he agrupado para los límites de comprensión de una reseña.

El libro comienza con el trabajo de María C. Albin (11-27); ella nos muestra cómo Sor Juana responde a la sátira misógina que catapultó el retrato de la mujer con la utilización de la misma estrategia de humor e ingenio que los poetas satíricos masculinos y, para ello, se vale de ese tratamiento serio y a la vez jocoso que causa perplejidad y asombro. La risa y el tono irreverente, cosas que siempre se criticó en la sátira cuando lo más está en manos de una pluma femenina, le sirven a Sor Juana para cuestionar “el sistema social y cultural que contribuye a distorsionar la imagen y el comportamiento de la mujer” (14). Por su parte, Giuseppe Bellini vuelve sobre los llamados cinco sonetos satírico-burlescos para considerarlos meros ejercicios de retórica, mientras se dedica con mayor prolijidad a otras composiciones (41-57); se detiene en el ovillejo, composición que se transforma en una “divertida tomadura de pelo [...] deliberadamente desenfadado” (44) para burlarse de los tópicos de la belleza femenina, además de revisar otros romances en donde el juego y la ironía aparecen. Debemos incluir aquí el trabajo de Sara Poot Herrera, también sobre Sor Juana (367-386). A partir de la dicotomía decencia/indecencia se interesa por la recepción de su poesía entre sus contemporáneos, pues estaría ella fuera de la medida y el decoro (369) y más bien sería proclive a la libertad y a la mordacidad. Con ello, vuelve sobre los sonetos que Bellini ya había estudiado al inicio de este libro y los considera “sonetos de carácter de certamen, de exposición y riesgo” (375), con lo que estoy totalmente de acuerdo. Sus rimas inusitadas desarrollan con un tono grosero y socarrón una visión misógina contra la cual arremete la misma monja (380).

No faltaría en esta red de poetas satíricos, varios trabajos sobre el andaluz peruanizado Juan del Valle y Caviedes; Trinidad Barrera estudia la transmisión textual (29-39) y se queja de la falta de una edición asequible al público. Ella pasa revista sucintamente a las ediciones existentes y a la recepción algo accidentada y manipulada de Valle y Caviedes desde el siglo XIX y su obra mayor *Diente de Parnaso*, para llegar a la edición de L. García-Abrines en la Diputación Provincial de Jaén (1993), reconociéndole “su abarcador intento de anotación y fijación del texto” (34); pero que se queda en eso porque los problemas de transmisión entre los manuscritos todavía no se han zanjado y esclarecido. También Carlos Cabanillas Cárdenas se preocupa por del Valle y Caviedes y la transmisión de los poemas antigalénicos (59-75) que se agrupan en *Diente de Parnaso* bajo el tópico de sátira contra los médicos. El problema de

la transmisión oral de la poesía debe tener en cuenta los canales de la oralidad y las variantes en un contexto en el que la fijación y la “autoridad textual” no eran aún significativos. Cabanillas Cárdenas parte de la hipótesis de que existió un “cuadernillo” con estos poemas y que circuló en forma celebratoria y festiva; en este, del Valle y Caviades se presenta como un poeta de “ocasión” y, según él, surgieron “de alguna especie de cenáculo literario” (67). También Pedro Lasarte profundiza en este poeta estudiando el retrato satírico y sus relaciones con Quevedo (227-238), cuya relación intertextual es evidente dentro de la remisión al modelo amoroso quevediano, pues a “la activación burlesca” y “a la enumeración de las facciones se añaden elementos nuevos” (250). Valle y Caviades utiliza un esquema que ya se encontraba en Sor Juana en la alternancia de lo serio/cómico que produce, por su yuxtaposición, en un retrato burlesco de su Lisi, de un juego doble, como por ejemplo el poema en donde el recato de la amada viene con la mostración de partes sexuales (232). Ahora bien, Lasarte atribuye esta ambigüedad a “la conflictiva relación que el ejercicio de su escritura [...] con la creación literaria peninsular” (235).

Viene a continuación un breve artículo dedicado a la métrica burlesca en el que José Domínguez Caparrós (77-92) hace un breve recorrido por la métrica y la rima de las composiciones burlescas, en las que dominan las rimas de cabo roto, las agudas y las cacofónicas, los versos agudos y esdrújulos y, en cuanto a lo estrófico, la décima y el soneto con estrambote o dialogado. Para ofrecernos estudios que añaden nombres al panorama de la poesía satírica colonial, se encuentran varios trabajos. El de Miguel Donoso Rodríguez (93-107) sobre la poesía de Francisco de Borja y Aragón (1577?-1658), Príncipe de Esquilache y virrey de Perú desde 1614, permite analizar la obra poética de este infame virrey que muy rápidamente se desilusionó de sus prerrogativas y de los intrínfulis de la corte. Donoso se interesa por los poemas en los que predomina la censura de los vicios, la falsedad y la mentira, la apariencia y el boato para culminar con el desengaño del poder, “revalorizando, con su experiencia vital, muchos de los tópicos tan manidos en la poesía satírico-burlesca áurea” (107). El estudio de poetas como el Príncipe de Esquilache es, en palabras de Donoso, necesario si queremos reconstruir los gustos y prácticas de una época literaria determinada. Desde esa misma perspectiva, Judith Ferré analiza el caso de corrupción y compra de votos en la provisión de cátedras dentro de la universidad colonial (109-123), para lo cual analiza el “paseo faceto” o vitor por fray Joseph de las Heras, quien en 1721 ganó la cátedra de teología en la Universidad de Puebla. La parodia estudiantil se plantea como una mojiganga cuya risa y sustrato folclórico persiguen la jocosidad burlesca (116) y hace una revista de las profesiones recordando las danzas de los estados medievales (121).

En un trabajo igual de enjundioso que el anterior, Paul Firbas analiza las corrientes de opinión y el manejo de la política en lo que se refiere a los seguidores de Felipe V dentro del Perú de principios del siglo XVIII (125-168). El “Juicio fanático”, que apareció en el *Diario de las noticias sobresalientes en esta ciudad de Lima* (1700 a 1711), editado por Joseph de Contreras, es un largo poema de “sátira de propaganda política” (130), compuesto de 83 décimas, en el que se responde a las noticias y rumores como reacción al régimen borbónico en las colonias americanas y a la Guerra de Sucesión. Firbas nos ofrece la edición completa del poema, lo cual es de sumo interés para quien desee profundizar en el análisis textual. Por su parte, Celsa Carmen García Valdés nos hace una presentación del poeta Lázaro Bejarano (169-189), quien residió en Sevilla y concurrió en sus certámenes poéticos, para luego pasar a Santo Domingo por ahí de 1538. García Valdés recoge algunas de sus más celebradas composiciones satíricas

transmitidas por el médico portugués Juan Méndez Nieto en sus *Discursos medicinales*. También Arnulfo Herrera se dirige a analizar un poema satírico, el sermón con el título “Fe de erratas al licenciado Suazo de Coscojales” (191-206). El doctor Diego Suazo de Coscojales llega en junio de 1702 para ocupar el arcedianato de la Catedral Metropolitana de México y de inmediato se desata el resentimiento de las élites locales desplazadas por el foráneo, a lo cual contribuyó el arcediano ganándose la enemistad de predicadores a los que él va a desplazar del púlpito sin ser avezado en oratoria. De esta manera, versos facetos y libelos pululan para aumentar el rencor de unos y los agravios de otros, contexto en el que la “Fe de erratas” debe leerse en forma de diatriba y chanza contra las pocas luces y dotes de Suazo de Coscojales.

Merece atención especial los siguientes artículos dedicados al retrato de tipos; el artículo de Mariela Insúa, cuyo tema es la mujer en la poesía satírica de Fernández de Lizardi (207-225), destaca la funcionalidad de la sátira como género reformador de las costumbres en el contexto ilustrado. Arremeter contra las mujeres es un tema de gran prosapia en la sátira occidental. Para el Pensador Mexicano, la frivolidad de la mujer y su coquetería serán objeto de ataque en un contexto en el que se opone como modelo la virtud y la discreción femeninas. Además de otras composiciones en forma de letrillas satíricas, en los que se realiza una sátira de la mujer dentro de la sociedad novohispana, Insúa dedica su análisis al largo poema “Las feas con gracias y las bonitas con tachas”, en donde la enseñanza moralizante priva a la hora de pasar revista a unos retratos de paseantes, unas bellas con defectos morales y “otras no tan agraciadas pero virtuosas” (213). El breve artículo de Blanca López de Mariscal sobre “El currutaco por alambique” (239-252) se queja primeramente sobre la dificultad de rastrear y estudiar manuscritos y papeles sueltos de poesía colonial. Este poema contó con gran popularidad desde su publicación en 1799 y pone al poeta Manuel Gómez Marín dentro del repertorio satírico de la sátira de costumbres con la figura del currutaco, de amplia expresión en la sátira de entresiglos. El de Gómez Marín es el producto de lo demoníaco y en él se encierran “en un caldero todos los pecados y males” (242) de la sociedad novohispana para que el nuevo engendro hierva en licores y aguardientes. Siguiendo esta temática de figuras contrahechas y corcovados, Antonio Lorente Medina dedica su excelente trabajo a Valle y Caviedes (253-268). En la sátira antigalénica, la naturaleza expresiva de los retratos burlescos, extraídos de la Lima colonial, llama la atención tanto por sus deformidades morales y físicas (254) como por sus patologías amorosas, que dan cuenta de lo marginal y lo escatológico con el fin de que la figura del corcovado se construya a partir de su animalización y cosificación degradadoras (255).

Dentro de la sátira que combate el relajamiento de las costumbres novohispanas, Beatriz Mariscal estudia la *Tragedia intitulada ocio* (1586), del jesuita Juan de Gigorondo; obra que se estrenó en el Colegio de San Jerónimo en Puebla y cuyo fin práctico era la enseñanza de la gramática dentro de una pieza de teatro colegial (270), mientras que perseguía el fin correctivo de atacar el ocio corruptor de la juventud. El componente moralizante es evidente en una pieza cargada ideológicamente y que se presenta como ataque a “la matraca” (274). Otro trabajo de tema novohispano es el de Raúl Marrero-Fente, en el cual se aborda la representación de la conquista de México, a partir del romance “Cata Francia, Montesinos” que expone Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera* (279-291). La transmisión textual y el juego de las variantes le servirá a Marrero-Fente para analizar el sistema de valores que se prestigia en el texto a favor de la empresa conquistadora y el papel de locutor de la sátira, ávido de la riqueza y de la fama que aquella supone. Al poeta Eugenio de Salazar, oidor en la Audiencia de

México, Jaime Martínez Martín consagra su trabajo sobre *La silva de poesía*, del cual destaca los poemas de tipo satírico-burlesco (293-305); para el estudioso, se trata de una parte de su producción que, por escrúpulos morales y profesionales, Salazar no publica totalmente, ya sea por la integridad de su figura pública, ya sea por la temática abiertamente contestataria y subversiva propio de lo satírico (295). Martínez analiza sátiras morales en forma de epístola o sonetos; su modelo horaciano no nos es indiferente para una voz que se sitúa en situación “de superioridad ética que juzga con dureza” (298).

Pasando al Perú virreinal, Javier de Navascués se interesa por la figura de fray Francisco del Castillo (1716-1770), quien no pudo alcanzar puestos importantes en la vida religiosa a causa de su ceguera (308-321). Haciendo un juego irónico con su sobrenombre, Navascués habla de los “palos del Ciego” (314) en sus composiciones satíricas, pues tratan los lugares comunes de la sátira de los oficios, al tiempo que las diatribas misóginas se esbozan con el referido tratamiento del viaje y la revista del conglomerado multiétnico de la sociedad peruana: criollos, indios, mestizos, zambos. En su artículo sobre emblemática y sátira, Rocío Oviedo y Pérez de Tudela desarrolla la función didáctica del emblema frente a los recursos de la memoria y el despliegue de su contenido pedagógico y moral (323-349) y estudia ejemplos de Valle y Caviendes, en donde la *narratio* lo que hace es describir “imágenes que a menudo se encuentran ya ‘lexicalizadas’, en los emblemas” (334), o también de Lizardi, en donde más bien son sus fábulas las que evocan emblemas. Mientras que Claudia Parodi plantea lo que ella denomina la “indianización” de la sátira ante la conciencia criolla (351-365), analizando la poesía satírica de la crónica *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España* (1604), de Baltasar Dorantes de Carranza; se trata de un claro alegato a favor de criollos empobrecidos frente a los “gachupines” recién llegados y, para ello, escoge la sátira de costumbres, de una sociedad caótica bajo el tópico del mundo al revés, y de diatribas en contra de los “advenedizos” (361).

Dos artículos cierran el volumen. Remitiéndonos a la corte virreinal de Lima, José Rodríguez Garrido destaca el papel de Pedro de Peralta Barnuevo, maestro universitario y escritor hasta ahora al cobijo de las autoridades (387-402); Rodríguez analiza las actas de la academia fundada por el virrey Marqués de Castell dos Rius en su palacio y que se reunieron bajo el título de *Flor de academias*. Dos secciones de estas actas llamarán la atención y en las dos participa Peralta Barnuevo dentro de un certamen poético con composiciones jocosas cuyo referente es el héroe mítico Narciso. Para terminar, Miguel Zugasti analiza los ataques *ad hominem* que sufriera el famoso obispo Juan de Palafox (403-426). Las sátiras e invectivas contra Palafox son el precioso ejemplo de invectiva “enconada y maldiciente” que riéndose del personaje lo rebaja y lo degrada y tienen como telón de fondo sus controversias con el clero local de Puebla.

En definitiva, el libro editado por Ignacio Arellano y Antonio Lorente Medina es variopinto como debe ser un estudio panorámico de la sátira colonial. Lo que habría que esperar para una mayor comprensión de los estudiosos es una antología del género y, en el caso de autores consagrados, tales como Caviendes, Oquendo (del cual en el volumen no hay ningún solo estudio por cierto) o Lizardi, ediciones que podamos sin ninguna duda llamar completas y cotejadas.

Jorge Chen Sham  
Universidad de Costa Rica